

DESNUDOS SECOS Y MOJADOS

JOSE MONLEON

ALGUN día tenía que llegar: "Oh! Calcutta!", en un montaje parecido al que se ha hecho en otros países, con los mismos desnudos y un texto similar —adaptado por Juan José Alonso Millán—, se ha estrenado en Madrid.

Yo recuerdo que, hace ya bastantes años, quise escribir sobre el espectáculo —en el marco del teatro que se hacía en Londres por entonces y que yo acababa de ver en un viaje— y no me fue posible. Había que decir llanamente que era una cochina y que toda Europa se estaba hundiendo en el infierno —con su Mercado Común— o callarse. Porque, no sé si gracias a las lecturas de nuestros dirigentes o a sus escarceos culturales por el extranjero, el nombre de "Oh! Calcutta!" brillaba como el símbolo de la depravación. Eran los tiempos —y quienes decidían estas cosas se han adaptado, quizá con ejemplar sufrimiento, a sus nuevos puestos directivos en la España democrática— en que, por ejemplo, un director general me aseguraba que no era decente publicar el guión de "Jules et Jim", aunque la película se proyectara en las salas de Arte y Ensayo, porque a éstas iban personas adultas, cuyo comportamiento era además controlable, mientras que el guión de "Jules et Jim", incluso en una revista especializada, podía ser una invitación al onanismo de muchachos solitarios. ¿Hay quién dé más?

Estos increíbles aspectos de la Historia española —que me guardaré muy bien de calificar de ridículos, dados los intereses, los sufrimientos y aun la sangre que tienen a sus espaldas— son los que, al menos en mi caso, hacen casi imposible comentar "Oh! Calcutta!" en los términos hipotéticamente justos. Si no se podía ni siquiera hablar del espectáculo, ¿quién no se sentirá inclinado a celebrar su estreno y a considerar positivo en el que sean los españoles quienes decidan libremente el ir o no a verlo? Así que, por ese lado, ninguna ambigüedad en la crítica, ni la menor sombra de moralismo puritano: ¡Bien venido sea el "Oh! Calcutta!".

Sin embargo, de inmediato, surge una segunda consideración. Y es la de constatar que el disponer de

una censura "a nivel europeo", lejos de estimular la presencia de ese teatro progresivo —y no hablo sólo de textos, claro, sino de puestas en escena, de concepciones imaginativas y reveladoras de la representación— que bloqueaba el franquismo, está siendo aprovechado para hacer un tipo de obras que utilizan la libertad en un solo sentido. Lo que antes veía un pequeño sector de la burguesía cuando cruzaba la frontera, ahora puedo verlo aquí. Pero, en definitiva, con las escasas excepciones que promete la temporada, sigue siendo "su" teatro, sigue correspondiendo a la banalidad, que un día fue intolerante y ahora es liberal, pero que "deja fuera" —por el hecho concreto de estar en sus manos la fijación de la demanda— el teatro que "ellos" nunca hubieran ido a ver en París o en Londres o en Madrid.

Desde esta óptica social, consolidado el papel decisorio de quienes fundamentalmente alimentan hoy las taquillas, la presencia de "Oh! Calcutta!" en el Princesa adquiere una significación inevitablemente

decadente; sobre todo, porque frente a este juego de la oferta y la demanda no se alza una política que defienda los intereses culturales de la sociedad. En otras palabras, "Oh! Calcutta!", como un espectáculo más, tiene su razón de ser; como "norma", como vía para salir del atasco, es una catástrofe.

No estaría de más recordar que "Oh! Calcutta!" fue imaginada por Kenneth Tynan, y que el espectáculo se estrenó en un teatro privado londinense cuando aquél era ya el director artístico del nuevo Teatro Nacional inglés —dirigido escénicamente por Laurence Olivier, con un repertorio en cartel realmente extraordinario—, paradoja cuyo sentido, y aun cierto encanto, desaparece si, como es el caso de la actual escena madrileña, se suprime uno de los términos. Burlarse un poco de la mitificación del sexo, conseguir que el espectador se avergüence de sus prejuicios al respecto, eliminar la sordidez habitual sin renunciar al tono de la comedia erótica, es un objetivo que tiene distinto sentido si el público ha visto una

obra de Shakespeare la noche anterior o si ensarta el "Oh! Calcutta!" en el rosario monocolor de sus preferencias. La idea de divertimento, sin duda, se reduce, y la presencia —según el programa inglés— de gentes como Joe Orton, John Lennon o del propio Tynan, en la larga lista de libretistas, resulta mucho menos explicable. Sin contar con que la intervención del director norteamericano Clifford Williams prestó a la concepción del espectáculo un tono "artístico" de comedia de Broadway, que —según me contaba Tynan— no se ajustaba exactamente al tipo de "cabaret literario" que inicialmente se pretendía.

Añadamos que en España se ha afrontado el "desafío" con decoro. Alonso Millán, como adaptador y director, sus colaboradores, y el grupo de actores y de actrices, han conseguido que prevaleciera el tono de humor sobre cualquier otro. Y eso con una docena de personas desnudas sobre un escenario, en Madrid, tiene su mérito. Bien mirado, este "Oh! Calcutta!" es bastante más limpio que aquellas censuradas revistas de nuestra juventud, con las vicetiples llenas de púdicos lazos y los cómicos hurgando en el quirófano.

LA PISCINA DEL ALCAZAR

Si la presencia de La Comuna en el Alfil fue la primera visita del teatro independiente portugués tras la caída de Caetano, el estreno de "Enseñame tu... piscina" en el Alcazar es la primera producción de



"Oh! Calcutta!", un espectáculo bastante más limpio que aquellas censuradas revistas de nuestra juventud.



"Enséñame tu... piscina", de Jean de Letraz, un vodevil erótico-natatorio del corta más tradicional.

Vasco Morgado —algo así como el zar de todo el teatro comercial lisboeta desde hace muchos años— en Madrid, en la hora hispanoportuguesa de la democracia. Si la presencia de La Comuna, con su espectáculo político hecho por actores portugueses, apuntó, aun desde su proyección minoritaria, la posibilidad de unas nuevas y enriquecedoras relaciones dentro del teatro ibérico, el estreno de "Enséñame tu... piscina" da pie a pensar que la situación cultural de los dos países es hoy parecidamente banal y que los vasos comunicantes —que los fraternales fascismos procuraron

obstruir en materia cultural, para evitar las colaboraciones de sus oposiciones— pueden funcionar sin que el teatro de allí o de aquí saque ningún sustancioso provecho. A críticos como Carlos Porto o Luis Francisco Rebello, que tanto batallaron por el teatro en tiempos de dictadura y aun en los primeros meses de la democracia, uno puede imaginárselos sin dificultad escribiendo a cuenta de "Enséñame tu... piscina" algo parecido a lo que uno viene escribiendo en estas páginas de TRIUNFO desde hace bastantes semanas. Porque, claro está, el problema no es que se estrenen "En-

séñame tu... piscina", "La jaula de las locas", "Oh! Calcutta!", y las que vendrán, sino que ése sea el tono de la temporada, el teatro definido por la actual demanda mayoritaria —a la que el empresario privado, lógicamente, se somete— de quienes tienen la posibilidad y la costumbre de ir al teatro.

"Enséñame tu... piscina" podría considerarse como el más tradicional de los vodeviles. Por circunstancias que el autor, Jean de Letraz, acumula con la proverbial artificiosidad del género, se encuentran en una misma casa un matrimonio, la amante del marido, un

criado que resulta ser el marido de esa amante, un homosexual —poeta y admirador de Shakespeare, para que el buen público pueda reírse accidentalmente de esas debilidades— que finge ser el marido para evitar las sospechas de la esposa, una criada dispuesta a liarse con todo el mundo y un inspector de Policía que necesita un éxito profesional. Algo así como las piezas de un ajedrez, que el autor somete, sin la más mínima humanización, a los movimientos mil veces repetidos y ya explicados en cualquier manual de ajedrecista. ¿Qué más nos da quién se acostó o se dejó de acostar con éste o con el de más allá? ¿Qué sentido dramático tienen los calores que de pronto les entran a los personajes? ¿Y quién conserva aún la ingenuidad de interesarse por una historia así?

Sucede, sin embargo, que el vodevil es sólo una parte del espectáculo, su argumento. Porque en el escenario hay también una piscina transparente, en la que, misteriosamente —porque el autor no se ha molestado en decirnos quiénes son— se zambullen de vez en cuando tres señoritas desnudas. El calor que el uso de la piscina nos descubre justifica también que las tres actrices "que hablan" anden ligerísimas de ropa, adquiriendo el escenario el aire de bacanal nudista y veraniega, en la que el homosexual —interpretado por Emiliano Redondo, el único actor divertido del reparto— es algo así como el incansable animador. La unión hace la fuerza. Y una piscina de verdad con mujeres desnudas o casi desnudas de verdad son dos cosas que unidas asombran a cualquiera...

La dirección es de Antonio de Cabo, un hombre que hizo cosas meritorias hace años en el teatro español. Allá por los comienzos de mi colaboración en TRIUNFO tuve la satisfacción de comentar un éxito resonante de Asunción Sancho, en el teatro de las Naciones de París, haciendo "Las mocedades del Cid", bajo la dirección de Antonio de Cabo y Rafael Richart, que, por cierto, también figura, como "director artístico", en la ficha de "Enséñame tu... piscina". Antonio dejó luego nuestro país y se convirtió en el director teatral más importante de Angola. Pero Angola se independizó y De Cabo se instaló en Lisboa. Ahora está de nuevo aquí. Tiene un espectáculo en el Pasapoga y la buena sociedad hispanoportuguesa del 77 le ha permitido volver a un escenario madrileño para montar una comedia erótico-natatoria que conoce el éxito en varias capitales del mundo. ■